



## CANTO V

Contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalicán donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios por su clemencia  
Nos dilata el castigo merecido,  
Hasta ver sin enmienda la insolencia  
Y el corazon rebelde endurecido;  
Y es tanta la dañosa inadvertencia  
Que, aunque vemos el término cumplido  
Y ejemplo de castigo en el vecino,  
No queremos dejar el mal camino.

Digolo porque viene muy contenta  
Nuestra gente española á las espadas,  
Que en el fin de Valdivia no escarmienta,  
Ni mira haber seguido sus pisadas:  
Presto la vereis dar estrecha cuenta  
De las culpas presentes y pasadas;  
Que el verdugo Lautaro ardiendo en saña  
Se muestra con su gente en la campaña.

Villagrán con la suya á punto puesto  
En el estrecho llano se detiene,  
Plantando seis cañones en buen puesto  
Ordena aquí y allí lo que conviene:  
Estuvo sin moverse un rato en esto,  
Por ver el orden que Lautaro tiene,  
Que ocupaba su gente tanto trecho,  
Que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fué esta guerra deseada;  
Pero sabe ora Dios sus intenciones:  
Viendo toda la cuesta rodeada  
De gente en concertados escuadrones,  
La sangre del temor ya resfriada  
Con presteza acudió á los corazones;  
Los miembros del calor desamparados  
Fueron luego de esfuerzo reformados.



Con nuevo encendimiento están bramando  
Porque la trompa del partir no suena,  
Tanto el trance y batalla deseando,  
Que cualquiera tardanza les da pena;  
De la otra parte el araucano bando  
Sujeto á lo que su caudillo ordena  
Rabiaba por cerrar; mas la obediencia  
Le pone duro frenó y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente  
Cuando el competidor ve ya cercano  
Bufa, relincha, y con soberbia frente  
Hierre la tierra de una y otra mano;  
Así el bárbaro ejército obediente  
Viendo tan cerca el campo castellano  
Gime por ver el juego comenzado;  
Mas no pasa del término asignado.

Esta manera pues la cosa estaba,  
Ganosos de ambas partes por juntarse,  
Pero ya Villagrán consideraba  
Que era dalle mas ánimo el tardarse:  
Tres bandas de jinetes apartaba  
De aquellos codiciosos de probarse,  
Que á la seña sin mas amonestallos  
Ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con lijeros piés batiendo  
Salen con gran tropel y movimiento,  
Rauco se estremeció del son horrendo,  
Y la mar hizo estraño sentimiento:  
Los corregidos bárbaros temiendo  
De Lautaro el espreso mandamiento,  
Aunque por los herir se deshacian,  
El paso acia adelante no movian.

Con el concierto y orden que en Castilla  
Juegan las cañas en solemne fiesta,  
Que parte y desembraza una cuadrilla  
Revolviendo la adarga al pecho puesta;  
Así los nuestros firmes en la silla  
Llegan hasta el remate de la cuesta,  
Y vuelven casi en cerco á retirarse  
Por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,  
Y desta suerte muchas vueltas prueban:  
Pero todas las veces una carga  
De flecha, dardo y piedra espesa llevan:  
A algunos vale allí la buena adarga,  
Las celadas y grevas bien aprueban,  
Que no pueden venir al corto hierro  
Por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse,  
Y cercada de gente la montaña,  
Algunos que pretenden señalarse  
Salen con su licencia á la campaña:  
Quieren uno por uno ejercitarse  
De la pica y baston con los de España,  
O dos á dos, ó tres á tres soldados  
A la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes  
Vienen con muestra airosa y contoneo,  
Mas bizarros que bravos alemanes  
Haciendo aquí y allí gentil paseo:  
Como los diestros y ágiles galanes  
En público ejercicio del torneo,  
Así llegan gallardos á juntarse,  
Y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro  
Sale á probar la fuerza y el destino,  
Tentando el lado diestro y el siniestro  
Buscando lo mejor con sabio tino;  
Cuál acomete, vanle, y hurta presto  
Hallando para entrar franco el camino,  
Cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto  
Que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros destas posturas no se curan  
Ni paran en el aire y gentileza,  
Que el golpe sea mortal sólo procuran,  
Y en el cuerpo y los piés llevar firmeza:  
Con ánimo arrojado se aventuran  
Llevados de la cólera y braveza;  
Esta á veces los golpes hace vanos,  
Y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida  
El mozo Curiomán se señalaba,  
Que con gallarda muestra y atrevida  
Larga carrera sin temor tomaba;  
Y blandiendo una lanza muy fornida,  
En medio de la furia la arrojaba,  
Que nunca de ballesta al torno armada  
Jara con tal presteza fué enviada.

Habia siete españoles ya herido,  
Mas nadie se atraviesa á la venganza;  
Que era el valiente bárbaro temido  
Por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:  
En esto Villagrán algo corrido  
Viéndole despedir la octava lanza,  
Dijo con voz airada: «¿No hay alguno  
Que castigue este bárbaro importuno?»

Diciendo esto miraba á Diego Cano,  
El cual de osado crédito tenia,  
Que una asta gruesa en la derecha mano  
Su Rabicán preciado apercibia;  
Y al tiempo cuando el bárbaro lozano  
Con fuerza extrema el brazo sacudia,  
En la silla los muslos enclavados  
Hierre al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido  
Sale el presto caballo desenvuelto  
Acia el gallardo bárbaro atrevido,  
Que en esto las espaldas habia vuelto;  
Pero el fuerte español embebecido  
En que no se le fuese, el freno suelto,  
Bate al caballo apriesa los talones  
Hasta los enemigos escuadrones.

No el araucano y fiero ayuntamiento  
Con las espesas picas derribadas,  
Ni el presuroso y recio movimiento  
De mazas y de bárbaras espadas  
Pudieron resistir al duro intento  
Del airado español, que las pisadas  
Del lijero araucano iba siguiendo,  
La espesa turba y multitud rompiendo.

Donde á pesar de tantos y á despecho,  
Con grande esfuerzo y valerosa mano  
Rompe por ellos, y la lanza el pecho  
De aquel que dilató su muerte en vano;  
Y glorioso del bravo y alto hecho  
Al caballo picó á la diestra mano,  
Abriendo con esfuerzo y diestro tino  
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron jinete  
Al araucano ejército llamando,  
Que á esperarle parece que acomete,  
Y vase luego al borde retirando:  
Una, cuatro y diez veces arremete,  
Poco el arremeter aprovechando;  
Que en aquella sazon ninguna espada  
Habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;  
Mas poco del trabajo se aprovecha,  
Que los nuestros en vano les picaban  
Heridos y hostigados de la flecha:  
Las bravezas algunos aplacaban  
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,  
Ellos lasos, los otros descansados,  
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería  
A toda furia y priesa disparaba,  
Y así en el escuadron indio batía,  
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:  
De fuego y humo el cerro se cubria,  
El aire cerca y lejos retumbaba,  
Parece con estruendo abrirse el suelo,  
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente  
Quitar y deshacer aquel fiublado,  
Que lanzaba los rayos en su gente  
Y habia gran parte della destrozado,  
Al escuadron que á Leucoton valiente  
Por su valor le estaba encomendado,  
Le manda arremeter con furia presta,  
Y en alta voz diciendo le amonesta:



«¡Oh fieles compañeros vitoriosos,  
A quien fortuna llama á tales hechos!  
Ya es tiempo que los brazos valerosos  
Nuestras causas aprueben y derechos:  
Sus, sus, calad las lanzas animosos,  
Rompan los hierros los contrarios pechos,  
Y por ellos abrid roja corriente  
Sin respetar á amigo ni á pariente.

»A las piezas guiad; que si ganadas  
Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria  
Célebres quedarán vuestras espadas,  
Y eterna al mundo dellas la memoria:  
El campo seguirá vuestras pisadas  
Siendo vos los autores desta gloria.»  
Y con esto la gente envanecida  
Hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,  
Que es la cosa que entre ellos mas se nota;  
El mas medroso quiere ser primero  
Al probar si la lanza lleva bota:  
No espanta ver morir al compañero,  
Ni llevar quince ó veinte una pelota  
Volando por los aires hechos piezas,  
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,  
Ni punto los detiene el temor ciego;  
Antes si el tiro á alguno lleva el brazo,  
Con el otro la espada esgrime luego;  
Llegan sin reparar hasta el ribazo  
Donde estaba la máquina del fuego:  
Viéranse allí las balas escupidas  
Por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda  
Y de tiros la tierra y sol cubrian;  
Pluma no basta, lengua no hay que pueda  
Figurar el furor con que venian:  
De voces, fuego, humo y polvareda  
No se entienden allí ni conocian;  
Mas poco aprovechó este impedimento,  
Que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse  
Las enemigas haces ya mezcladas,  
Lo que allí se vió mas para notarse  
Era el presto batir de las espadas:  
Procuran ambas partes señalarse,  
Y así vieran cabezas y celadas  
En cantidad y número partidas,  
Y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería  
Con tal impetu y furia acometida,  
Otros por dar remate á su porfia,  
Traban una batalla bien reñida:  
Para un solo español cincuenta habia,  
La ventaja era fuera de medida;  
Mas cada cual por sí tanto trabaja  
Que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte  
De Carlos quinto, máximo, glorioso;  
Mas que á pesar del contrapuesto Marte  
Vaya siempre adelante vitorioso:  
El cual terrible y fiero á cada parte,  
Envuelto en ira y polvo sanguinoso  
Daba nuevo vigor á las espadas  
De tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza,  
Segun es el herir apresurado,  
Con aquel mismo esfuerzo y entereza  
Que si entonces lo hubieran comenzado:  
Las muertes, el rigor y la crüeza  
Esto no puede ser significado,  
Que la espesa y menuda yerba verde  
En sangre convertida el color pierde.

Villagrán la batalla en peso tiene,  
Que no pierde una mínima su puesto,  
De todo lo importante se previene;  
Aquí va, y allí acude, y vuelve presto:  
Hace de capitán lo que conviene  
Con usada esperiencia, y fuera desto  
Como osado soldado y buen guerrero  
Se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira  
Que en los cristianos hace gran matanza,  
Lleva el caballo, y él llevado de ira  
Requiere en la derecha bien la lanza:  
En los estribos firme al pecho tira;  
Mas la codicia y sobra de pujanza  
Desatentó la presurosa mano,  
Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Diego Cano, á dos manos, sin escudo,  
No deja lanza enhiesta ni armadura,  
Que todo por rigor de filo agudo  
Hecho pedazos viene á la llanura:  
Pues Peña, aunque de lengua tartamudo,  
Se revuelve con tal desenvoltura,  
Cual Cesio entre las armas de Pompeo,  
O en Troya el fiero hijo de Peleo.

Hiende el caballo desapoderado  
Por la canalla bárbara enemiga,  
Revuelve á Torbo el español airado  
Y en bajo el brazo la jineta abriga,  
Pásale un fuerte peto tresdoblado  
Y el jubon de algodón, y en la barriga  
Le abrió una gran herida, por do al punto  
Vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando  
El brazo atrás con ira la arrojaba;  
Vuela la furiosa asta rechinando  
Del impetu y pujanza que llevaba,  
Y á Corpillán que estaba descansando  
Por entre el brazo y cuerpo le pasaba,  
Y al suelo penetró sin dañar nada,  
Quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagrán, la espada fuera,  
Por medio de la hueste va á gran priesa,  
Haciendo con rigor ancha carrera  
Adonde va la turba mas espesa;  
No menos Pedro de Olmos de Aguilera  
En todos los peligros se atraviesa,  
Habiendo él solo muerto por su mano  
A Guancho, Canio, Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,  
Daban de su valor notoria muestra,  
Y el viejo y gran jinete Maldonado  
Voltea el caballo allí con mano diestra,  
Ejercitando con valor usado  
La espada que en herir era maestra,  
Aunque la débil fuerza envejecida  
Hace pequeño el golpe y la herida.

Tomo I

Por otra parte el español Reinoso,  
De ponzoñosa rabia estimulado,  
Con la espada sangrienta va furioso  
Hiriendo por el uno y otro lado;  
Mata de un golpe á Palta, y riguroso  
La punta enderezó contra el costado  
Del fuerte Ron, y así acertó la vena  
Que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,  
Ruiz, Gonzalo Hernández y Pantoja  
Tienen hecha de muertos una rueda,  
Y la tierra de sangre toda roja:  
No hay quien ganar del campo un paso pueda,  
Ni el espeso herir un punto afloja,  
Haciendo los cristianos tales cosas,  
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente  
Y tan poco el remedio y confianza,  
Que á muchos les faltaba juntamente  
La sangre, aliento, fuerza y la esperanza:  
Llevados pues al fin de la corriente  
Sin poder resistir la gran pujanza,  
Pierden un largo trecho la montaña  
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza  
Sin aflojar los nuestros siempre usaron,  
No se vió en español jamás flaqueza  
Hasta que el campo y sitio les ganaron;  
Mas viéndose á tal hora en estrechez,  
Que pasaban de cinco que empezaron,  
Comienzan á dudar ya la batalla,  
Perdiendo la esperanza de ganalla.



Dudan por ver al bárbaro tan fuerte  
 Cuando ellos en la fuerza iban menguando,  
 Representóles el temor la muerte,  
 Las heridas y sangre resfriando;  
 Algunos desaniman de tal suerte  
 Que se van al camino retirando:  
 No del todo, señor, desbaratados,  
 Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza,  
 Se arroja y contrapone al paso airado,  
 Y con sabias razones los esfuerza,  
 Como de capitán escarmentado,  
 Diciendo: «Caballeros, nadie tuerza  
 De aquello que á su honor es obligado,  
 No os entreguéis al miedo, que es, yo os digo,  
 De todo nuestro bien grande enemigo.

»Sacudidle de vos, y vereis luego  
 La deshonra y afrenta manifiesta,  
 Mirad que el miedo infame, torpe y ciego  
 Mas que el hierro enemigo aquí os molesta:  
 No os turbeis, reportaos, tened sosiego,  
 Que en este solo punto teneis puesta  
 Vuestra fama, el honor, vida y hacienda,  
 Y es cosa que después no tiene enmienda.

Cuán bien desto salió, que del caballo  
 Al suelo le trajeron aturdido;  
 Cuál procura prendello, cuál matallo,  
 Pero las buenas armas le han valido:  
 Otros dicen á voces: «desarmallo:»  
 Acude allí la gente y el ruido;  
 Mas quien saber el fin desto quisiere  
 Al otro canto pido que me espere.



»¿A dó volveis sin orden y sin tiento,  
 Que los pasos tenemos impedidos?  
 ¿Con cuánto deshonor y abatimiento  
 Seremos de los nuestros acogidos?  
 La vida y honra está en el vencimiento,  
 La muerte y deshonor en ser vencidos:  
 Mirad esto, y vereis huyendo cierta  
 Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo  
 Por esta y otras cosas que decia,  
 Segun era el terror y estraño miedo  
 En que el peligro puesto los habia:  
 «¿Dónde que dar mejor que aquí yo puedo?»  
 Diciendo Villagrán, con osadía  
 Temeraria arremete á tanta gente  
 Solo para morir honradamente.

• La vida ofrece de acabar contenta  
 Por no estar al rigor de ser juzgado,  
 Teme mas que la muerte alguna afrenta  
 Y el verse con el dedo señalado;  
 No quiere andar á todos dando cuenta  
 Si volver las espaldas fué forzado,  
 Que por dolencia ó mancha se reputa  
 Tener puesto el honor hombre en disputa.



## CANTO VI

Prosigue la comenzada batalla con las estrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte  
 Ni revolver de hado riguroso  
 Le pueden presentar caso tan fuerte,  
 Que le traigan á estado vergonzoso...  
 Como ahora á Villagrán, que con su muerte,  
 No siendo de otro modo poderoso,  
 Piensa atajar el áspero camino,  
 Adonde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando  
 En confuso monton se retrujeron,  
 Cuando en el nuevo y gran rumor mirando  
 A su buen capitán en tierra vieron:  
 Solos trece la vida despreciando  
 Los rostros y las riendas revolvieron,  
 Rasgando á los caballos los ijares  
 Se arrojan á embestir tantos millares.

Con más valor que yo sabré decillo  
 El pequeño escuadron ligero cierra,  
 Abriendo en los contrarios un portillo  
 Que casi puso en condición la guerra.  
 Rompen hasta do el misero caudillo  
 De golpes aturdido estaba en tierra,  
 Sin ayuda y favor desamparado,  
 De la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros  
 En esta empresa y suerte señalada;  
 Y estaban como lobos carnívoros  
 Sobre la mansa oveja desmandada,  
 Cuando discordes con aullidos fieros  
 Forman música en voz desentonada;  
 Y en esto los mastines del egido  
 Llegan con gran presteza á aquel ruido.